
COMUNICACION Y

NUEVAS TECNOLOGIAS

Hacia el siglo XXI

¿PARA QUE LA INFORMACION?

Estamos en la era y en el "Año mundial de las comunicaciones." Frente a la necesidad de la humanidad de un diálogo más eficaz, de un acercamiento de corazón a corazón, la informática se presenta con todas sus ventajas y en continuo avance. Un desafío permanente se sigue viviendo en la sociedad y es la transformación de datos, la velocidad de la información, el lenguaje, la tecnología, los que aceleran el ritmo de la vida y aumentan sus necesidades. Estos adelantos hacen cuestionar el objetivo, función e importancia que tiene la comunicación para los hombres de todos los lugares. En la historia del ser humano no hay posibilidad de la soledad. "Todos estamos llamados a la interrelación," y el mensaje, clave de la información, es el elemento fundamental de la sociabilidad humana. Un futuro en el cual esta sociabilidad no sea perturbada por la alienación de las máquinas, es una esperanza constante de los pueblos. Como decía el escritor Robert D. Hamrin "... a diferencia de la revolución industrial que dependía de recursos finitos tales como el petróleo y el hierro, la 'revolución de la informática' avivará el suministro inagotable del conocimiento humano." El autor desarrolla de una manera global cómo el exceso informativo creará otros problemas en las próximas décadas. Una necesidad imperiosa será fomentar la actitud crítica y el buen uso de la información. Controlando su cauce y su volumen crearemos oportunidades de más diálogo y de una comunicación más completa.

José María de Vera

En diciembre de 1982 una de las mayores empresas electrónicas de Japón hizo una exposición de sus productos. Desde una planta de energía nuclear hasta un espejo retrovisor que no se empaña con la niebla y asegura al conductor una perfecta visión de la carretera. En un rincón de la enorme explanada habían instalado "la casa del futuro." Una consola central agrupaba los mandos

de televisión (TV), el teléfono, el tocadiscos estereofónico, la cámara de TV instalada fuera de la casa, la computadora, la grabadora, etc., etc. Manipulando una tecla se podía obtener cualquier tipo de información que aparecía inmediatamente en la pantalla de TV: desde una página de cualquier enciclopedia hasta el periódico de aquella mañana. Otra tecla proporcionaba al momento una copia escrita de la información visual que ofrecía la pantalla. La consola proporcionaba también la posibilidad de efectuar compras en los grandes almacenes después de inspeccionar el artículo en la pantalla, y de hacer los pagos a través de una orden electrónica cursada al banco. La empresa organizadora esperaba unos 40.000 visitantes en los cinco días de la exposición, pero el número llegó a 75.000. Analizando esta reacción inesperada y los comentarios a la encuesta que se distribuyó entre los visitantes, quedó patente que muchos habían venido en busca de un alivio a la angustia que les provoca el anuncio de que la informática está a punto de invadir nuestras vidas.

Hasta hace unos años las profecías de los agoreros técnicos tenían un aura de mito. ¿Quién no pensaba que el teléfono-televisor era un maravilloso adelanto? ¿Quién no soñaba con trabajar en la propia casa comunicándose con la oficina a través de una computadora? ¿Quién no deseaba poder elegir entre 40 o 50 canales de TV? Esas maravillas técnicas, y otras más, están a la vuelta de la esquina. No es ya un mito, como en otro tiempo lo fue "alcanzar la luna," sino una inminente realidad. La importancia de las revoluciones técnicas en la vida humana es enorme. Históricamente sabemos que la invención del compás hizo posible la navegación y que esto abrió las puertas al colonialismo. La pólvora transformó las reyertas en guerras e hizo de ellas un instrumento del nacionalismo. Gracias a la imprenta puede hablarse de democracia en la que los ciudadanos participan en las decisiones de la nación con conocimiento de causa. La revolución humana que han causado el automóvil y el teléfono, ha sido justamente evaluada en estos últimos años por sociólogos y antropólogos. En una palabra: mirando hacia atrás en la historia humana podemos descubrir claramente la conexión

entre las invenciones técnicas y los cambios sociales tan profundos que han originado. Como nos hizo caer en la cuenta Marshall McLuhan, los hombres fabricamos instrumentos pero los instrumentos se vuelven hacia nosotros y nos transforman. Si esto ha sido así a lo largo de la historia no podemos menos de pensar que las computadoras, el radar, la energía nuclear, los satélites, la electrónica o la fibra óptica y el maridaje, entre varias de estas invenciones, causarán una revolución igualmente poderosa, aunque no sea fácil predecirla en este momento. Ben Bagdikian, en *The Information Machines*, nos recuerda que nos ha llevado doscientos años de revolución industrial para caer en la cuenta de que no somos muy acertados en prever las consecuencias de los inventos. Nadie pudo pensar que el coche iba a revolucionar la vida sexual como lo hizo en América. De igual modo las consecuencias de la revolución de los instrumentos de comunicación nos cogerán de sorpresa. Pero es nuestro deber intentar anticiparlas.

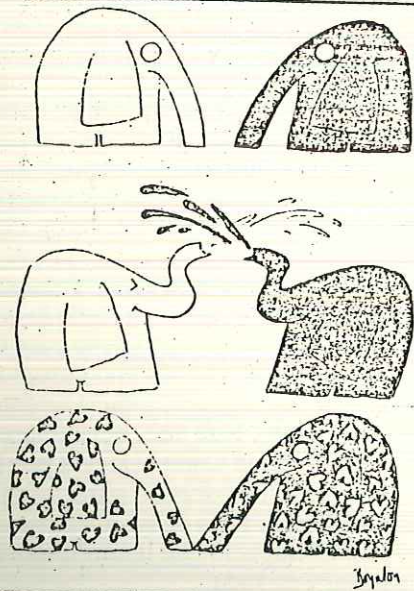
Ahora que tenemos esas maravillas técnicas al alcance de la mano empezamos a hacernos ciertas preguntas. ¿Es verdaderamente deseable que siempre que suene el teléfono entre en funciones una cámara de TV que nos sorprenda despeinados, a medio afeitado, con el cuarto en desorden? Trabajar a través de una computadora sin moverse de casa tiene ciertas ventajas. Pero permanecer el día entero en la propia casa, ¿no nos privaría de aliciente y variedad, que trae consigo el intercambio con las otras personas de la misma empresa?

El temor de que la revolución electrónica venga acompañada, como la revolución industrial, de desplazamientos personales y sociales, es real. El "Future Shock" se ha convertido en el "Present Shock." Las cosas marchan más a prisa de lo que esperábamos y tememos que el progreso pase de largo junto a nosotros y un día nos encontremos "atrasados" en esta marcha rápida hacia un futuro electrónico desconocido. Este año, oficialmente designado como Año de la Comunicación por las Naciones Unidas, es buena ocasión para preguntarnos sobre el sentido de los adelantos técnicos y el posible impacto que tendrán sobre nuestra vida social y privada.

Las posibilidades que nos brindan las nuevas

técnicas son incontables. Pero la cuestión que nos atañe más de cerca es cómo integrar esos avances técnicos en nuestra vida privada, profesional y política. La experiencia que tenemos en lo que va del siglo, nos indica claramente que no todo lo que es progreso técnico es, necesariamente, progreso humano. Tenemos ahora armas tan avanzadas y eficaces que podríamos destruir el mundo entero varias veces. La ambigüedad de nuestro vocabulario adjudica el término "progreso" a esas maravillas técnicas que pueden utilizarse para destruir la vida y la civilización.

La comunicación es un elemento imprescindible en el desarrollo humano. La narración simbólica del Génesis sobre la creación del ser humano subraya este aspecto fundamental de nuestra existencia. Dios había creado al primer hombre y le había colocado en un paraíso. Rodeado de árboles, pájaros y animales; libre de temores y exento de las exigencias del trabajo, podría pensarse que esta vida idílica de Adán era inmejorable. Pero Dios descubrió que Adán no era feliz; no podía ser feliz a pesar de todas las comodidades y la belleza del paraíso porque le faltaba alguien con quien comunicarse. Dios le sumió en un sueño profundo y al despertarse se encontró con Eva, carne de su carne, y compañera



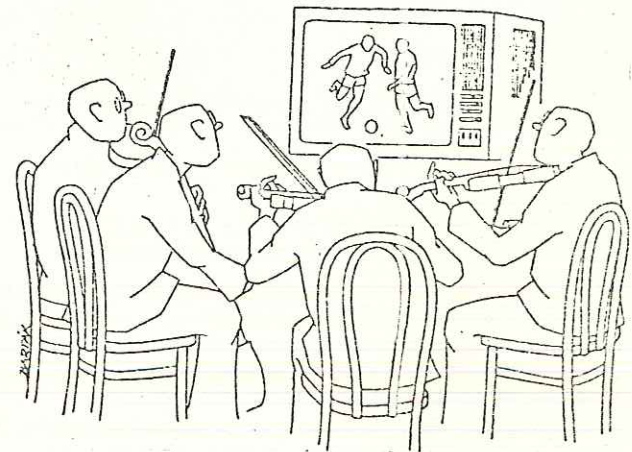
¿Para qué la información?

con quien compartir el paraíso.

Esta necesidad del "otro" está en lo más íntimo del ser humano y su privación nos deshumaniza, nos deja incompletos. Un caso documentado de esta deshumanización es el "Niño Salvaje" que apareció en Francia en el siglo XIX. Por unas circunstancias que nunca se esclarecieron, aquel niño había sido abandonado entre animales poco después de nacer. Cuando le encontraron, muchos años más tarde, carecía de rasgos humanos tanto en su contextura física como sociológica. Una enorme dedicación de médicos y psicólogos intentó devolverle las características ordinarias en un ser humano: la sonrisa, el humor, la confianza en los demás, la solidaridad con otros, etc. Los datos que tenemos de su progreso dejan bien claro que nunca logró alcanzar esa meta. Algo muy grave había truncado su capacidad de desarrollo: la falta de comunicación con otros seres humanos.

Esta situación que es claramente extrema, pone de manifiesto la necesidad imperiosa de comunicación en el proceso del desarrollo humano. Hay tres modalidades básicas de la comunicación. La primera y fundamental es la comunicación personal, cara a cara, entre miembros de la familia y en el círculo de amistades, conocidos y compañeros de trabajo. La segunda es la comunicación entre una persona y un grupo: el autor de un libro se comunica así con sus lectores y el conferenciante con sus oyentes. La tercera es la comunicación, un tanto anónima, entre un grupo y las masas: un periódico, compuesto por equipos de redactores, y los lectores; un programa de TV y los espectadores, son ejemplos de este tipo de comunicación. Estas tres modalidades se han ido desarrollando sucesivamente a lo largo de la historia hasta llegar al momento actual en el que las tres formas de comunicación coexisten simultáneamente. Aunque digamos que el siglo XX es el siglo de la comunicación de masas, evidentemente siguen dándose las otras formas de comunicación. La preponderancia actual de los medios masivos de

comunicación no quiere decir, de ningún modo, que ésta sea la forma de comunicación más importante. Históricamente, hasta Gutenberg, el hombre vivió y floreció sin medios de comunicación de masas mientras que, como hemos indicado anteriormente, no es concebible un ser humano sin la comunicación personal. Una vez asentado este principio básico podemos calibrar mejor los beneficios y las limitaciones de las otras dos modalidades. Brevemente podemos caracterizarlas como un enriquecimiento de la modalidad básica: la comunicación personal. Una persona, cuya esfera de comunicación estuviera reducida a contactos personales, se vería privada de conocimientos y experiencias que son extremadamente valiosos. No puede pensarse que en el horizonte reducido de la familia, la escuela local y la ciudad donde vivimos aparezcan los artistas, los pensadores y los hombres de genio que contribuyen tan profundamente al desarrollo humano de todos nosotros. Bach, Beethoven, Picasso, Einstein, Homero y Cervantes no nacen en todas las épocas y en todas las sociedades. Por otra parte los conocimientos médicos, geográficos, políticos, económicos y comerciales de la sociedad actual desbordan la información que puede encontrarse en el entorno inmediato en que vivimos. La comunicación grupal y de masas son los canales por los que podemos llegar a este océano inmenso de la experiencia humana acumulada a través de los siglos, y de la información actual que necesitamos en nuestro vivir cotidiano. Lo que antecede puede ser tildado de árida exposición académica del fenómeno de la comunicación. Pero si queremos entender qué es lo que nos trae esta revolución de las técnicas de la comunicación, en el último tercio del siglo XX, no tenemos más remedio que partir de un planteamiento claro del problema. Es fácil dejarse deslumbrar por las maravillas de las técnicas y las eufóricas promesas de una sociedad en que la información es abrumadoramente abundante y está al alcance de la mano. Antes de abrir esa caja de Pandora debemos reflexionar sobre el valor de la información y la comunicación. Información no es lo mismo que comunicación. La información es un trasvase de datos y conocimientos, valiosos pero no



imprescindibles en la vida humana. Aunque la comunicación tenga elementos informativos, desborda el límite de la información y es, básicamente, un intercambio entre los seres humanos. Un peligro de esta avalancha informativa que se nos echa encima es el de banalizar los conocimientos. Lo importante y lo intrascendente aparecen juntos, codo con codo. Aun los detalles más insignificantes de la vida privada de una estrella popular ocupan páginas de periódicos, revistas y espacios de TV. Crímenes y estafas de las cinco partes del mundo se nos transmiten con todo lujo de detalles. Jóvenes que encuentran dificultad en aprenderse los nombres de los ríos de su propio país se saben perfectamente los nombres de los cinco maridos de una estrella famosa, o las medidas anatómicas de una beldad internacional. Naturalmente el interés en la vida de los demás es una tendencia espontánea que se ha dado, con toda seguridad, aun en las agrupaciones sociales más primitivas. Lo que caracteriza a la época actual es el exceso de información banal y el alto precio que se paga por ella. Brigitte Bardot, por

ejemplo, ha hablado recientemente con ira y enfado de la persecución de que fue objeto por parte de los periodistas, y los sufrimientos personales que le causaron en su vida. Es muy larga la lista de personas que han sufrido semejantes indignidades por parte de los mercaderes de la información que arrollan el derecho a la vida privada de los otros con el fin de obtener noticias que sólo el sensacionalismo puede hacer dignas de atención.

Aparte de la banalización, el exceso informativo creará otros problemas en las próximas décadas. Nuestro cerebro puede manejar y registrar una enorme cantidad de datos. Pero, evidentemente, tenemos límites más allá de los cuales no es posible pasar sin ocasionar serios problemas psicológicos y humanos. En estos últimos años se ha estudiado la fascinante distribución de la actividad cerebral en el hombre. El hemisferio izquierdo del cerebro humano controla principalmente la actividad lógica, mientras que el hemisferio derecho regula la creatividad, las sensaciones estéticas, las emociones y la actividad intuitiva. Muchos jóvenes sufren cierto desequilibrio, sometidos a la inhumana presión de los exámenes escolares. Esto provoca un desarrollo desigual de los dos hemisferios cerebrales. Mientras que el izquierdo se desarrolla excesivamente, la creatividad regida por el derecho pasa a segundo lugar. Se teme que esta deficiencia tenga graves consecuencias y que señale un serio descenso en la actividad creadora de esa persona. Asimismo, podemos temer que el exceso de información venga a desequilibrar la armonía de la actividad cerebral. Aturdidos por el incesante flujo de nuevos datos será difícil captar el sentido que tal afluencia de información tiene. Esta saturación puede provocar en nosotros la indiferencia, y disminuir nuestra capacidad de reaccionar. Es verdad que tenemos mecanismos que nos permiten filtrar y escoger los datos que necesitamos o queremos. Pero para que estos mecanismos funcionen eficazmente tenemos que estar con ojo avisor y cultivarlos con esmero.

Aquí está la clave del éxito: el uso discriminante y medido de la información. Un caricaturista ha querido expresar gráficamente lo que ocurrirá al hombre del siglo XXI si abandona la actitud crítica

con respecto a la información. Dibujó una figura informe, sentada en un gran sillón, con los auriculares en dos enormes orejas, los ojos salientes y fijos en una pantalla de TV y cables que conectaban sus piernas a otros aparatos. Es la imagen de la pasividad, la inacción y el aislamiento. El hombre robot a merced de la información transmitida por máquinas, ajeno al mundo real que le rodea. Porque la información recibida pasivamente, como una lluvia de datos, nos lleva paradójicamente al aislamiento. En la vida moderna el periódico o la TV, fuentes de información, forman con frecuencia una barrera infranqueable a la comunicación. El marido que no quiere comunicarse con su esposa se absorbe en la lectura del periódico durante el desayuno e interpone, físicamente, el papel entre ellos. La comida se hace frecuentemente con la TV puesta y substituye la comunicación y la conversación entre los miembros de la familia. Conforme nos acercamos al siglo XXI y proliferan los canales para la transmisión de información se hace más imperiosa la necesidad de controlar su cauce y volumen. La información, como el alimento, es una fuente insustituible para el desarrollo personal y social. Pero, por deliciosos que sean los manjares puestos sobre la mesa no podemos excedernos de un cierto límite, sin poner en peligro nuestra salud.

El impacto negativo que el exceso de información tiene sobre el cerebro humano aparece en los niños de corta edad. Estudios recientes han intentado adentrarse en el mundo cerrado de los infantes a quienes sus madres, ignorantemente, sientan delante de los aparatos de TV con la falsa ilusión de que lo que ocurre en la pequeña pantalla estimule el desarrollo de los niños. ¡Bebés menores de cuatro meses en algunos países "ven" la TV un promedio de una hora y cuatro minutos! Para estudiar el impacto que las imágenes y el cambio rápido de luces causa en los niños, un equipo de investigadores ha medido las radiaciones que emanan del cerebro. Es bien sabido que cuando el cerebro funciona activamente las radiaciones que emite son del tipo β . La pasividad cerebral, por ejemplo, en un estado cercano al sueño, causa radiaciones del tipo α . El estudio de las radiaciones cerebrales de esos infantes

expuestos al influjo de la TV indica la presencia de radiaciones β en los primeros momentos. Pero enseguida aparecen las radiaciones α . Los investigadores interpretan estos datos de la siguiente manera: las primeras imágenes que vienen de la pantalla estimulan el cerebro infantil. Pero el exceso de estímulos supera la capacidad de los niños y entonces el cerebro se cierra en banda, deja de funcionar y emite las radiaciones α . La consecuencia para la educación infantil es clara: es una aberración dejar que los infantes tengan que sufrir el bombardeo de la información que proviene de la pantalla de TV. No es que los niños menores de cuatro meses entiendan o sepan interpretar las imágenes de la TV. No es el contenido de la TV, en términos de McLuhan, sino la TV como tal: el medio. El impacto fisiológico de las imágenes es lo que produce ese estado de confusión cerebral que, en la opinión de algunos expertos, puede llevar al autismo: incapacidad de expresarse.

Este hallazgo reciente de la investigación entre los niños de corta edad nos indica lo que puede ocurrirles a los adultos; que el exceso de información indiscriminada inhiba nuestras operaciones mentales.

El siglo XXI nos promete una plétora de canales de información: circuitos de teléfonos conectados con una red de bancos de datos nacionales e internacionales donde puede adquirirse instantáneamente cualquier tipo de información; canales de TV que pueden llegar a 50 ó 60 en cada hogar; computadoras personales, satélites, correo electrónico, etc. Si no queremos sucumbir a esta avalancha de información que en su abundancia puede llevarnos a la inacción y pasividad, tenemos que desarrollar un agudo sentido del carácter instrumental de la información. Información ¿para qué? La abundancia de información debidamente jerarquizada puede contribuir a la humanización y enriquecimiento de nuestras vidas. Pero la información es un mero trasiego de datos que no debe equipararse con la comunicación. La comunicación es una necesidad vital de la condición humana; es un encuentro personal, una interacción de seres humanos que se abren unos a otros. Nuestra computadora personal puede tener los datos de

todas las familias que viven en el mismo edificio o en el mismo barrio que nosotros. Pero si al cruzarnos en la escalera o en la calle no somos capaces de saludarnos y de entrar en "conversación," la información queda reducida a un esqueleto de datos. Un programa de TV puede ofrecernos detallada información sobre cualquier problema político o social. Pero si la recepción de esos datos impide que la familia hable y se comunique, la información se convierte en un obstáculo de la comunicación. A nivel global, por muy abundante que sea la información que tengamos sobre otros países y culturas, si esta información no nos lleva a sentirnos solidarios, a descubrir nuestras raíces humanas y nuestra ciudadanía en esta "aldea global," la información permanecerá estéril. El mejor fruto de la información es servir de puente a la comunicación.

Muchas voces cantan las glorias de la era de la información que se avecina. Muchos mercaderes de la información nos deslumbran con inventos y adelantos técnicos. Pero somos nosotros, la gente ordinaria, los que tenemos que valorar esas glorias y esos inventos. Las consecuencias de esta inundación tecnológica en nuestras vidas son muy importantes. Demasiado importantes para dejarlas en manos de técnicos, ingenieros y comerciantes.

José María de Vera,
español. Misionero,
sociólogo. Doctorado
en la Universidad de
Michigan (Facultad de
Periodismo). Hizo su
tesis sobre la
educación a través de
la televisión. Director
del Centro Televisivo
de la Universidad Sofía
en Tokio.

